

NORA STREJILEVICH

San Diego State University

E-mail: norastre@yahoo.com

La función crítica y estética como eje de una política cultural destinada a latinoamérica

Nuestra época se especializa en levantar cercos, ya sean de alambre de púas o virtuales. Cercos que garantizan desde la firma de acuerdos económicos rechazados por las mayorías hasta el trabajo esclavo que las corporaciones requieren para garantizar su “libre comercio”. Hay cercos visibles, como las fábricas-celda de las maquiladoras, que garantizan cercos virtuales destinados a marginar poblaciones y países, arrojándolos fuera del espacio-tiempo del privilegio (Naomi Klein, *Fences and Windows*). Para que no nos atrevamos a abrir ventanas se levanta el gran cerco de miedo que los medios de comunicación producen y alimentan a diario. La violencia que destilan los noticieros nos inyecta la cuota de pánico necesaria para que nos quedemos encerrados con tal de evitarla, para que votemos y apoyemos gobiernos que prometen orden y para que justifiquemos la estrategia del ataque como forma de defensa.

La operación clave en el pulso de nuestros días consiste en alzar muros de terror, fronteras que dividen lo que será incluido y excluido del mapa de lo viable. Es evidente que sólo la violencia puede garantizar estas divisiones tajantes que van segregando grupos sociales y regiones. Paradójicamente, sin embargo, no dejamos de sorprendernos a la hora de la brutalidad organizada, quedamos atónitos y sin palabras frente a masacres y genocidios. A medida que se exterminan seres humanos nos va mermando la posibilidad misma de hablar y de pensar y nos quedamos sin fuerza para pronunciarnos. La palabra

inenarrable da cuenta de este límite del lenguaje. Para Horacio Gonzalez el horror nos dice ‘ya no puedo hablar más’, nos expropia una actitud narrativa, es el lugar donde el lenguaje se agota y acaba. También quedamos balbuceantes e inermes frente a la avalancha de palabras e imágenes vociferadas por los medios, que parecen cubrir con su pátina todo posible entendimiento de lo que sucede, pintando violencia sobre violencia y borrando su por qué y su cómo. Lo que se transmite es pánico en cómodas cuotas, para que los cercos los levante el mismo público, que corre a comprar candados y máscaras que supuestamente lo protegerán de posibles gases mortíferos, y corre a votar a quien promete acabar con semejante caos y establecer el orden. Ya lo dijo Michael Moore en la ceremonia de entrega del Oscar el 7 de abril del 2003.

And that, my friends, is the real point of this film that I just got an Oscar for -- how those in charge use FEAR to manipulate the public into doing whatever they are told.

Estos mecanismos se repiten en distintos escenarios y parecen lograr la parálisis de poblaciones enteras. Durante la dictadura argentina del ‘76 la prensa usó métodos similares a los que recientemente se utilizaron para justificar la guerra de Irak, dibujando un eje del mal (el enemigo interno en ese caso) contra el que era justo emprender una guerra preventiva. Se implementó con éxito la estrategia del eufemismo y la sintaxis falaz: mientras se secuestraba, se asesinaba y se tiraban cuerpos al mar, se hablaba de procedimientos y combates con sediciosos subversivos. Las operaciones sintácticas diluían las operaciones del poder en acciones sin sujeto, a través de una gramática tan simple como efectiva: el uso de la voz pasiva (“se” descubrían células clandestinas, “se” moría en enfrentamientos) y la disección del enemigo en “elementos” extremistas, subversivos, terroristas.

A este léxico borrador de huellas que hoy es moneda corriente se le superpuso, en la primera etapa de la post- dictadura, el exhibicionismo de la muerte. Al inicio del gobierno del presidente Alfonsín cundió una suerte de pornografía de la muerte. Se reiteró durante semanas la muestra de tumbas NN que si bien mostraba finalmente lo que se había mantenido oculto, generaba saturación y

rechazo en un público hastiado de consumir horror a secas. Al paralizar la función crítica tanto la lógica del silenciamiento como la del exceso le resultan funcionales al terror.

En el escenario internacional de este siglo que se abre con la puesta en escena sin tapujos del accionar del Imperio, se ponen en marcha idénticas estrategias para contener un movimiento cuestionador de dimensión planetaria. La guerra tecnológica vuelve a ganar y a la disidencia se la acorrala con controles panópticos, pero a diferencia de otras épocas ha surgido una respuesta, un No mayúsculo. Un No encarnado en millones de seres que se han plantado a manifestar su contundente oposición a la guerra: dato nada menor que nos trae la nueva lucha contra la violencia del poder.

En la Argentina la violencia cotidiana ha ido en drástico aumento. Esa violencia es recogida y multiplicada por los medios y convertida en centro de la vida nacional, para opacar la resistencia que también ha surgido con un No masivo a las políticas de exclusión que la generan. La multitud salió a expulsar a un gobierno que desató la amenaza de otro estado de sitio para implementar su “corralito” y desde entonces se han generalizado ciertas formas de lucha que algunas organizaciones practicaban desde hacía tiempo.

Los piqueteros no sólo cortan rutas de acceso a la ciudad sino que hacen visible su exclusión en el corazón del espacio ciudadano, acampan textualmente junto a las carreteras y en medio de ellas y no hay más remedio que verlos. Los grupos de arte callejero que el 20 de cada mes, en Buenos Aires, vuelven a grabar en la vereda los nombres de los asesinados por la brutalidad policial el día de la caída del gobierno radical (20/12/01) saben que a cada inscripción le seguirá el borramiento. Su lucha consiste en reinsidir, en re-escribir los nombres que el poder niega y tacha. Los obreros de fábricas tomadas resisten la represión y se quedan en su lugar, para salvaguardar los espacios recuperados por sus luchas. Pero la represión se ha vuelto tan feroz que a menudo pone en jaque la posibilidad de sobrevivencia de estos espacios de resistencia, sobre todo cuando se sospecha que el propio electorado

es capaz de inclinarse por aquéllos candidatos cuya plataforma incluye este tipo de represión. De acuerdo a Sandra Ruso (*Página 12*, 27 de abril, 2003) es evidente que

sólo podrán seguir robando si matan. La muerte forma parte de las plataformas electorales de dos de los candidatos con más proyección de votos. Una vez más, este país parece dispuesto a retroceder para adelante. Lo volátil tiene hoy una oportunidad. La última. Lo volátil, si no ancla en un voto concreto que aleje como un matamoscas a los bichos más sórdidos de la escena política, no hará solamente volátiles los sueños y los anhelos de cambio: el refrán de la abuela dice que mientras hay vida hay esperanza. Estamos ahí, atrapados en ese refrán de barrio. Recordémoslo, porque no estamos, como pueblo, para debates de más altura.

La resistencia que ha ganado espacios en la Argentina y en el mundo no se siente representada a la hora de votar, de modo que el espectro político lo siguen ocupando quienes se encargarán de acabar con esa resistencia, y gran parte del electorado los seguirá votando. Qué plantear como política cultural de urgencia en estos casos?

Lo que hay por el momento es una resistencia que rechaza las consignas políticas tradicionales y avala aquéllas que cobran forma de repudio y encarnan el asco: Que se vayan todos. Como el lenguaje político utilizado por los grupos de izquierda que pretendían erigirse en vanguardias ha caído en el descrédito, la ira popular se filtra por un lenguaje más irónico: “Liquidación por cierre” frente al Congreso de Baires, o “Qué hace nuestro petróleo bajo su arena” en las calles de San Francisco. Se trata, tanto en la Argentina como en las manifestaciones por la paz del mundo, de desenmascarar, de elevar un llamado a la reflexión colectiva.

En la Argentina hay otra estrategia que se ha generalizado: la de ir marcando el espacio ciudadano con un contradiscurso que confronta las marcas de la dictadura. Por ejemplo, los Escraches son actividades barriales tendientes a desenmascarar a los personajes siniestros que conviven con nosotros. La organización H.I.J.O.S. se ocupa de investigar los antecedentes de represores que han quedado impunes con el fin de activar una condena social. Para ello y tras semanas de actividades barriales, H.I.J.O.S. convoca a una marcha durante la que, entre otras actividades como la lectura de

documentos y el canto de estribillos, se le echa pintura roja a la casa del genocida denunciado y se insta a la población a tomar nota de quién vive en ese domicilio. La sangre que corría por esa fachada y que recién ahora se hace visible es un llamado a la reflexión y a la acción. De hecho algunos represores terminaron por mudarse de sus barrios porque los negocios se negaban a venderles y los cafés a aceptarlos. A partir del 2001 las asambleas retoman esa forma de denuncia y comienzan a marcar las casas de los economistas y burócratas responsables de los planes económicos que llevaron al país a la ruina.

En la ciudad también aparecen los desaparecidos en placas, fotos y siluetas, y aparecen carteles de tránsito destinados a indicar dónde hubo campos de concentración. El espacio público se transforma en un campo de batalla por el sentido, donde la resistencia marca y la violencia borra (muchas de estas marcas aparecen tachadas y destruídas una y otra vez y los movimientos de derechos humanos las vuelven a alzar y a colocar en su lugar).

La ocupación del espacio público para poner en evidencia y problematizar está destinada a recuperar una conciencia erosionada y por eso debería ser un punto clave a la hora de establecer políticas culturales. En latinoamérica ganar espacios equivale a ganar medioambientes para el debate y la solidaridad, único caldo de cultivo para cualquier resistencia posible.

Según Hanna Arendt sólo podremos limitar la capacidad del capitalismo corporativo para transformar a la gente en objetos pasivos de fuerzas incontrolables si nos abocamos al desarrollo de las capacidades de entender y juzgar. El pensamiento informa la práctica --no el conocimiento ni la inteligencia, incapaces de proveer barreras contra el mal (de ahí que Eichman encarnara la banalidad del mal, porque sólo era capaz de expresarse con clichés: no podía pensar). El pensamiento es una actividad tanto política como moral. En “El pensamiento y consideraciones morales” de *La vida de la mente*, Arendt demuestra que el proceso del pensar es siempre político, porque nos deja perplejos al

poner en cuestión el mundo y sus preconceptos. La distancia requerida entre sujeto y mundo para que la reflexión sea posible se agudiza en épocas de crisis: cuando las rutinas se quiebran el pensamiento se pone en acción y se manifiesta como juicio. Esa manifestación no es otra que la capacidad de distinguir lo correcto de lo incorrecto, lo bello de su opuesto. La tarea entonces es generar horizontes aptos para que la gente pueda pensar políticamente, abrir espacios donde los sujetos puedan establecer un diálogo consigo mismos y con otros. Este “ser con” que se logró, por ejemplo, en las asambleas barriales surgidas en la Argentina del 2001, son laboratorios que posibilitan la creación de una red comunitaria y crítica. La práctica de escuchar a otros y de establecer acuerdos y cumplirlos es una dimensión hermenéutica sin la cual la vida política se transforma en manipulación totalitaria.

A pesar de la lentitud de estos procesos y del evidente deterioro en el caso de la Argentina en relación a la participación colectiva, dudo que exista otra forma de práctica cultural que pueda favorecer la recuperación de nuestras sociedades. Toda política cultural destinada a latinoamérica debe fundar su misión en el afianzamiento de estos sitios destinados a pensar “con y entre”, es decir, a pensar en acción, a comprender. Sitios en los que la dimensión estética aparezca como una de las vertientes para plasmar traumas y deseos, para cumplir con el mandato socrático de conocernos a nosotros mismos. En las calles de Buenos Aires las esquinas también se abrieron para lecturas de testimonios que se pronuncian por primera vez frente a audiencias locales (ya sea porque en el país no los publicaron o porque son inéditos). Mi experiencia en este sentido consistió en leer el fragmento que transcribo de *Una sola muerte numerosa* (North-South, 1997)—el testimonio literario de mi secuestro y el de toda una generación a partir de 1975 y hasta 1983—en un evento organizado en el espacio que antes ocupara el campo de concentración Club Atlético.

No vamos a tolerar que la muerte ande suelta en la Argentina. Emilio Massera 1976

Una magia perversa hace girar la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan *pisa pisuela color de ciruela*.

El rito exorciza mis pecados en el templo del Ford Falcon sin chapas: templo verde con antena que acelera por Corrientes, a contramano, pasando semáforos en rojo sin que nadie parpadee. Lo de siempre.

Pero no todos los días ¿o todos los días? se rompen las leyes de gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destruya el pasado y arranque las manecillas del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los disfraces. No todos los días una trata de escapar cuando el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y una gime acorralada por minutos que no corren. No todos los días una tropieza y cae manos atrás atrapada por una noche que remata su vida cotidiana. Una se marea por la vorágine de retazos, de ayeres y ahoras aplastados por órdenes y decretos. Una se pierde entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas. Una apenas siente que los ecos modulan *-¡te querías escapar, puta!*- y que una boca inmensa la devora. Quizás murmuren voces conocidas: *ni ella ni él están en nada*. Pero una está aquí, del otro lado, en este cuerpo precario: suelas tatuadas en la piel bota en la espalda arma en la nuca.

-¡De piel!- y una se para sumisa confundida atontada vencida y grita *-¡me llevan, me llevan!*- mientras dedos metálicos se clavan en la carne. Dos de la tarde impune la tiran a una al ascensor la arrastran. En la vereda una patatea contra un destino sin nombre en cualquier fosa colectiva. El espacio se deshace entre los pies.

Lanzo mi nombre con pulmones con estómago con el último nervio con piernas con brazos con furia. Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. Los domadores me ordenan saltar del trampolín al vacío. Me empujan. Aterrizo en el piso de un auto. Lluvia de golpes: este por gritar en judío este por patearnos. Y otro más.

-Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos-. Soy un juguete para romper. Pisa pisuela, color de ciruela.

Cito este fragmento que resume toda la violencia del terror el día de las elecciones en la Argentina. Es difícil hablar de políticas culturales adecuadas en un contexto donde lo peor parece volver a ser posible: aquéllos que robaron y matan y matarán para seguir robando pueden llegar a ser reelectos. Quizás por eso mismo, hoy más que nunca, sea urgente crear espacios donde la reflexión pueda volver a tejer sus redes.

Recién entonces podrán estas comunidades recuperar la palabra.

